

Una advertencia cariñosa a Felipe González

PAUL Lafargue, yerno de Marx, llegó a España y con la ayuda de Pablo Iglesias fundó en Madrid el primer núcleo marxista. En Barcelona, entre el 1880 y el 1882, se formó el Partido Democrático Socialista. Otros grupos obreros nacieron en Manresa, Tarragona y Vilanova y la Geltrú y en el País Valenciano se formaron otros núcleos especialmente en la capital y en Castellón de la Plana. Todos estos grupos se articularon entre ellos y en el año 1888, fundaron pública y legalmente, en Barcelona, el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores.

Es curioso constatar que aquellos dos organismos tan importantes de la política española nacieron históricamente en la Ciudad Condal. Sin embargo, casi simultáneamente, entraron también en Barcelona elementos representativos del sindicalismo ácrata. La CNT también fue fundada en Cataluña y prosperó hasta convertirse prácticamente en la única central de trabajadores en Cataluña. En el resto de España fueron el PSOE y la UGT las instituciones que más deprisa arraigaron en la clase obrera española. El presidente del Partido Socialista Obrero Español era Pablo Iglesias. Uno de sus sucesores fue Largo Caballero, obrero de su condición, honesto, sincero y constante, pero de una intelectualidad muy mediana. Es casi seguro que no había leído las obras de Marx y si las leyó no comprendió el sentido de aquel complicado tema que es «El Capital», la obra más significativa de aquel gran creador, base de todos los partidos socialistas y comunistas que se formaron después en Europa.

En el cuadro limitado de un artículo, hay que hacer grandes saltos por lo que hablaré sólo de algunos sucesos ocurridos durante la Guerra Civil 1936-39. Como se sabe, el golpe de Estado del 18 de julio se convirtió, debido a la resistencia de las masas populares, especialmente en el triángulo Barcelona-Madrid-Bilbao, en una guerra que duró casi tres años y que fue el más grande acontecimiento de la historia de aquella época. Se han escrito más libros sobre la Guerra Civil española que de la Segunda Guerra Mundial.

El comunismo, en tanto que partido político, tenía escasas fuerzas en España. En unas elecciones generales la candidatura comunista encabezada por Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», no alcanzó en Barcelona más que 116 votos durante el primer período de la República. Los comunistas sólo eligieron un diputado: era el doctor Bolívar, más votado por su condición de médico que por sus creencias comunistas. En la elección del 16 de febrero de 1936 salieron elegidos en las candidaturas del Frente Popular sólo 16 diputados comunistas en toda España. En Cataluña se formó el Frente de Izquierdas, que incluía a todos los partidos catalanes con la excepción de los de la derecha. El primero de la lista, Lluís Nicolau d'Oliver, obtuvo 262.270 votos, y el último fue Joaquín Maurín y Juliá, representante del POUM, un partido comunista pero antiestalinista. En el resto de España también ganaron torrencialmente los partidos izquierdistas, pero los comunistas sólo lograron, como hemos dicho, 16 diputados...

Los consejos de Stalin

Pocos meses después, y en nombre de la «amenaza comunista», estallaba el golpe de Estado del general Franco. Es ahora cuando entramos en la parte más esencial de mi artículo. Para combatir el golpe de Estado, convertido en una guerra civil, los republicanos formaron varios gobiernos representativos de la burguesía liberal. Pasaron varias semanas para que la guerra civil se convirtiera en un conflicto social y que, por lo tanto, había que ampliar las bases políticas y amoldarlas para dar cabida en ellas a las clases trabajadoras. Fue

entonces cuando se creó un Gobierno de coalición en el que entraban socialistas y dos comunistas, presididos por el líder obrero, Largo Caballero.

La Unión Soviética que se había mantenido relativamente al margen de los acontecimientos de España, comprendió que ya era la hora de tomar partido ante aquella situación. Estamos en el año 1936. Hace ya cerca de tres años que Hitler alcanzó el poder en Alemania. Tengamos en cuenta que el líder nazi triunfó a través de unas elecciones democráticas. Una de las razones de aquel inesperado éxito fue la consigna de los comunistas germanos, impuesta por Stalin: clase contra clase, en la que se incluía a los socialistas, llamados socialtraidores por haberse aliado con las otras fuerzas que luchaban contra Hitler. Después del resultado catastrófico de aquellas elecciones, Moscú cambió de táctica y creó la teoría del Frente Popular. Es decir, todos los partidos, el comunista, el socialista y los representantes de la burguesía liberal tienen que aliarse en una sola categoría cuyo solo objetivo sea «cerrarle el paso al fascismo».

Largo Caballero, como hemos dicho, llamó a dos comunistas a su Gobierno y en sus discursos hablaba como un socialista de izquierdas. Sus enemigos eran los franquistas, claro, pero también la burguesía liberal. Alarmado Stalin por los rumbos que seguía Largo Caballero, le envió una carta, escrita en francés, firmada por el propio Stalin, el jefe del Gobierno comunista ruso, Molotov, y Vorixilov, ministro de Defensa.

En la primera carta del 21 de diciembre de 1936, Stalin le da unos «consejos» a Largo Caballero: primero, hay que tener en cuenta a los campesinos en España, país predominantemente agrícola; hay que pensar en reformas agrarias y fiscales que interpreten sus anhelos. Segundo, hay que atraer al Gobierno a la pequeña y mediana burguesía para evitar, al menos, que tome partido por el franquismo; es preciso protegerlos y evitar la confiscación de sus bienes y asegurar la libertad de comercio. Tercero, no hay que rechazar a los partidos republicanos; al contrario, hay que atraerlos para que trabajen en su Gobierno. Es necesario, sobre todo, asegurar la colaboración de Azaña y su grupo. Cuarto, se podría aprovechar una ocasión en la que el Gobierno español declarase a la prensa que no se dejará perjudicar la propiedad y los intereses legítimos de los extranjeros residentes en España.

Es evidente que aquellos «consejos» eran órdenes, pues Rusia era la única nación que enviaba armas a los españoles republicanos. El viejo socialista que continuaba siendo marxista, sucesor de Pablo Iglesias, fundador del partido y amigo de Paul Lafargue, yerno de Carlos Marx, no aceptará aquellos «consejos». Fue entonces cuando Stalin decidió la eliminación de Largo Caballero de la presidencia del Gobierno español. Las trágicas jornadas del mes de mayo de 1937, en las que en Barcelona se enfrentaron armas en mano los socialistas de Largo Caballero y los anarquistas de la FAI, fueron en realidad dirigidas contra Largo Caballero. Los comunistas, por su parte, habían hecho grandes progresos en el Ejército Popular y controlaban casi todos los mandos militares y los del Comisariado Político.

Los generales soviéticos, residentes en la embajada rusa en Madrid, visitaban a Largo Caballero y le pedían una actitud más enérgica contra los anarquistas y la disolución del Partido Comunista de Izquierda, el POUM, cuyo dirigente más efectivo era Andreu Nin, un ex militante de la CNT, que había visitado Moscú y que convertido al comunismo fue nombrado director de la Sección Hispánica de la Internacional Roja. Fue amigo personal de Trotsky, pero no era un trotskista políticamente, sino un comunista ortodoxo. Largo Ca-

ballero renunció a aquellas «órdenes» y expulsó de su despacho al general ruso que las había formulado.

Besteiro, Prieto, Largo Caballero

El PSOE de aquella época tenía tres grandes personalidades políticas: Besteiro, Prieto y el propio Largo Caballero. Besteiro era un profesor semejante a Tierno Galván, más tierno que Galván (consulte el lector en un diccionario el significado de la palabra galván). Prieto cometió entonces un gran error político y, en la Ejecutiva del PSOE, apoyó a los que querían echar del Gobierno a Largo Caballero. Fue entonces cuando se formó el Gobierno de Juan Negrín, un fisiólogo ilustre, que hablaba varios idiomas, muy conocido en las Academias de Medicina. Entonces se formó un Gobierno presidido por Juan Negrín; en realidad era un Gobierno Prieto, pues éste acaparaba las carteras del Ministerio de Defensa, con sus departamentos que incluían el Ejército, Marina y Aviación.

Prieto era, como Largo Caballero, un hombre salido del proletariado, con un talento excepcional y un sentido de la independencia y de la realidad de la vida española. Se produjeron entonces dos «sorpresas»: Prieto resultó ser más opuesto a la penetración de los generales rusos y en cambio Negrín, que hablaba el español, el francés, el inglés, el alemán, y también el ruso, por haberse casado con una ciudadana de aquel país, se mostró más «permeable». Stalin se dio cuenta de la situación: había llegado la hora de romper con Prieto y de poner todas las riendas del Gobierno en manos de Negrín. Esta grave manobra la explica Prieto en un libro titulado «Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional».

Los republicanos españoles perdieron la guerra por la debilidad de Londres y París y por la ayuda descarada de Hitler y Mussolini al general Franco. Pero contribuyó mucho a la derrota el resquebrajamiento del Estado republicano, particularmente en la falta de unidad del Partido Socialista Obrero Español.

Las circunstancias han cambiado

Por esta razón me he decidido a publicar este artículo. Las circunstancias han cambiado enormemente el panorama político mundial y español. Stalin está muerto y enterrado y en España Santiago Carrillo no representa peligro alguno. El partido socialista español no es un partido marxista. Felipe González ha logrado, mercedamente, ganar la confianza de la gran mayoría del pueblo español. Pero los problemas que tiene que resolver el Gobierno en la actual coyuntura internacional son extremadamente difíciles y por ahora no ha habido ningún partido ni fuerza política capaz de superarlos. La entrada de Guerra en el Gobierno ha salvado el primer obstáculo político, pero ha sido un síntoma inquietante. Yo no soy más que un periodista jubilado, no pertenezco a ningún partido, pero considero mi deber dar a la publicidad ciertos hechos ocurridos a lo largo de mi vida. Yo fui en Barcelona secretario general de las Milicias Antifascistas y después comisari de Propaganda del Govern de la Generalitat. En Nueva York fui el representante del Gobierno republicano en el exilio de París en los tiempos en que lo dirigían, sucesivamente, José Giral, Alvaro de Albornoz y Rodolfo Llopis, el único todavía en vida y al que saludo desde aquí afectuosamente.

Mi único objetivo es recordar, amargamente, los errores del pasado, deseando que no se repitan en el futuro.

En todo caso declaro honestamente que Felipe González es el único político español capaz de llevar a buen término la grandiosa y difícil tarea que le espera.

Jaume MIRAVITLLES